

Navidad en el Portal de Belén

Navidad en el Portal de Belén



Papa Francisco

NCP
NEW CITY PRESS

Publicado en los Estados Unidos por New City Press
202 Comforter Blvd., Hyde Park, NY 12530

Papa Francisco
Navidad en el Portal de Belén

Traducido de la edición original italiana
Il Mio Presepe: Vi racconto i personaggi del Natale

© 2023 Dicastero per la Comunicazione – Libreria Editrice Vaticana
© 2023 Mondadori Libri S.p.A., Milano

Primera edición en español: © 2023 Editorial Santa María,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
editorialsantamaria.com

Traducción utilizada con autorización de Editorial Santa María, Argentina

Diagramación y diseño de portada: Miguel Tejerina – Gary Brandl

Library of Congress Control Number: 2024940944

ISBN: 978-1-56548-617-1 (Paperback)

ISBN: 978-1-56548-618-8 (E-book)

Impreso en los Estados Unidos de America

Índice

Introducción	7
El Pesebre	11
Niño Jesús	18
María.....	39
José.....	51
Belén	58
El Establo	61
Los Ángeles.....	66
Los Pastores	68
La Luz	74
Los Reyes Magos	79
La Estrella.....	94
Herodes	99
La Sagrada Familia	105
Las Diferentes Estatuillas.....	113
El Árbol de Navidad	115
La Navidad.....	117
Frente al Pesebre	133
Fuentes	135

Introducción

Dos veces he deseado ir a visitar Greccio. La primera para conocer el lugar donde San Francisco de Asís creó el pesebre, algo que también marcó mi infancia: en la casa de mis padres en Buenos Aires nunca faltaba este símbolo navideño, incluso antes que el árbol.

La segunda vez regresé con gusto a esa localidad, hoy en la provincia de Rieti, para firmar la Carta Apostólica Admirabile signum sobre el sentido y el significado del pesebre en la actualidad.

En ambas ocasiones, experimenté una emoción especial emanando de la gruta donde se encuentra un fresco medieval que representa la noche de Belén y la de Greccio, colocadas por el artista en paralelo.

La emoción de esa vista me impulsa a profundizar en el misterio cristiano que ama ocultarse dentro de lo infinitamente pequeño.

De hecho, la encarnación de Jesucristo sigue siendo el corazón de la revelación de Dios, aunque a menudo olvidamos lo discreto que es su despliegue, al punto de pasar desapercibido.

De hecho, la pequeñez es el camino para encontrarse con Dios.

En un epitafio conmemorativo de San Ignacio de Loyola encontramos escrito: “Non coerkeri a maximo, sed contineri a minimo, divinum est”. Es divino tener ideales que no estén limitados por nada de lo que existe, sino ideales que al mismo tiempo estén contenidos y vividos en las cosas más pequeñas de la vida. En resumen, no debemos asustarnos de las cosas grandes, es necesario avanzar y tener en cuenta las cosas más pequeñas.

Aquí está la razón por la cual preservar el espíritu del pesebre se convierte en una saludable inmersión en la presencia de Dios que se manifiesta en las pequeñas, a veces mundanas y repetitivas, cosas cotidianas. Saber renunciar a lo que seduce, nos lleva

a entender y elegir los caminos de Dios, que es la tarea que nos espera. En este sentido, el discernimiento es un gran regalo, y nunca debemos cansarnos de pedirlo en la oración. Los pastores en el pesebre son aquellos que reciben la sorpresa de Dios y viven con asombro el encuentro con Él, adorándolo: en la pequeñez reconocen el rostro de Dios. Humanamente, todos tendemos a buscar la grandeza, pero es un don saber encontrarla realmente: saber encontrar la grandeza en esa pequeñez que Dios tanto ama.

En enero de 2016, me encontré con los jóvenes de Rieti en el oasis del Niño Jesús, justo arriba del Santuario del pesebre. A ellos, y hoy a todos, les recordé que en la noche de Navidad hay dos señales que nos guían para reconocer a Jesús. Una es el cielo lleno de estrellas. Son muchas, un número infinito de estrellas, pero entre todas, destaca una estrella especial, la que motivó a los Reyes Magos a dejar sus hogares y emprender un viaje, un camino cuyo destino desconocían. De la misma manera, esto también sucede en nuestra vida: en algún momento, una “estrella” especial nos invita a tomar una decisión, a hacer una elección, a emprender un camino. Debemos pedirle a Dios con fuerza que nos muestre esa estrella que nos impulsa hacia algo más allá de nuestras rutinas, porque esa estrella nos llevará a contemplar a Jesús, ese niño que nace en Belén y que busca nuestra completa felicidad.

En esa noche santificada por el nacimiento del Salvador, encontramos otra señal poderosa: la humildad de Dios. Los ángeles señalan a los pastores a un niño nacido en un pesebre. No es una señal de poder, autosuficiencia o arrogancia. No. El Dios eterno se humilla a sí mismo en un ser humano indefenso, suave y humilde. Dios se rebajó para que pudiéramos caminar con Él y para que Él pudiera estar a nuestro lado, no por encima ni lejos de nosotros.

El asombro y la maravilla son los dos sentimientos que emocionan a todos, jóvenes y adultos, frente al pesebre, que es como un Evangelio vivo que desborda las páginas de las Sagradas Escrituras. No importa cómo se prepare el pesebre, puede ser

siempre igual o cambiar cada año; lo que importa es que hable a la vida y de la vida.

El primer biógrafo de San Francisco, Tomás de Celano, describe la noche de Navidad de 1223, de la cual en 2023 celebramos el VIII centenario. Cuando Francisco llegó, encontró el pesebre con el heno, el buey y el asno. La gente que se había congregado expresó una alegría indescriptible, nunca antes experimentada, ante la escena de Navidad. Luego, el sacerdote celebró solemnemente la Eucaristía en el pesebre, mostrando la conexión entre la Encarnación del Hijo de Dios y la Eucaristía. En esa ocasión en Greccio, no existían estatuillas: el pesebre fue creado y vivido por quienes estaban presentes.

Estoy seguro de que el primer pesebre, que realizó una gran obra de evangelización, puede ser hoy también la ocasión para despertar el asombro y la maravilla. Así, lo que San Francisco logró con la sencillez de ese símbolo perdura hasta nuestros días como una auténtica expresión de la belleza de nuestra fe.

Ciudad del Vaticano, 27 de septiembre de 2023

Francisco

El Pesebre

Y llega el día de la alegría, el tiempo de la celebración. Para la ocasión, muchos frailes son convocados de diversas partes; hombres y mujeres llegan jubilosos desde los caseríos de la región, cada uno llevando, según sus posibilidades, velas y antorchas para iluminar esa noche en la que una estrella brilló espléndidamente en el cielo, iluminando todos los días y tiempos. Finalmente, llega Francisco; ve que todo está dispuesto según su deseo y está radiante de alegría. Ahora se prepara el pesebre, se coloca el heno y se introducen el buey y el asno. En esa conmovedora escena brilla la sencillez evangélica, se elogia la pobreza y se recomienda la humildad. Greccio se ha convertido en una nueva Belén.

Tomás de Celano, *El pesebre de Greccio*



¿Quién es feliz en el pesebre?

Miramos el pesebre. ¿Quién está feliz en el pesebre? Esto me gustaría preguntárselo a ustedes, niños, que disfrutan observando las estatuillas... ¡y quizás también moverlas un poco, cambiarlas de lugar, lo que hace enojar a papá que las colocó con tanto cuidado!

Entonces, ¿quién está feliz en el pesebre? La Virgen María y San José están llenos de alegría: miran al Niño Jesús y son felices

porque, después de mil preocupaciones, han aceptado este Regalo de Dios con mucha fe y amor. Están “rebosantes” de santidad y, por lo tanto, de alegría. Y ustedes me dirán: ¡claro! Son la Virgen María y San José. Sí, pero no pensemos que fue fácil para ellos: los santos no nacen, se hacen, y esto también se aplica a ellos.

Luego, están los pastores llenos de alegría. También los pastores son santos, seguro, porque respondieron al anuncio de los ángeles, acudieron de inmediato a la gruta y reconocieron la señal del Niño en el pesebre. No era algo obvio. En particular, en los pesebres a menudo hay un pastorcillo, joven, que mira hacia la gruta con una expresión soñadora y encantada: ese pastor expresa la alegría asombrada de quien recibe el misterio de Jesús con un corazón de niño. Este es un rasgo de la santidad: conservar la capacidad de asombrarse y maravillarse ante los dones de Dios, ante sus “sorpresas”, y el regalo más grande, la sorpresa siempre nueva, es Jesús. ¡La gran sorpresa es Dios!

Luego, en algunos pesebres, los más grandes, con muchos personajes, se representan los oficios: el zapatero, el aguatero, el herrero, el panadero... y así sucesivamente. Y todos están felices. ¿Por qué? Porque están como “contagiados” por la alegría del evento en el que participan, es decir, el nacimiento de Jesús. De esta manera, incluso su trabajo se santifica con la presencia de Jesús, con su venida en medio de nosotros.

Entonces, mi deseo es este: sean santos para ser felices. ¡Pero no santos de estampa! No, no. Santos normales. Santos y santas de carne y hueso, con nuestro carácter, nuestros defectos, incluso nuestros pecados –pedimos perdón y seguimos adelante– pero listos para dejarnos “contagiar” por la presencia de Jesús en medio de nosotros, listos para acercarnos a Él, como los pastores, para ver este acontecimiento, esta increíble señal que Dios nos ha dado. ¿Qué decían los ángeles? “Les anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo” (Lucas 2,10). ¿Iremos a verlo? ¿O estaremos ocupados con otras cosas?



San Francisco de Asís, quien creó el pesebre

El hermoso signo del pesebre, tan querido por el pueblo cristiano, causa siempre asombro y admiración. Representar el evento del nacimiento de Jesús equivale a anunciar el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios con sencillez y alegría. De hecho, el pesebre es como un Evangelio vivo que surge de las páginas de las Sagradas Escrituras. Mientras contemplamos la escena de la Navidad, estamos invitados a ponernos en un camino espiritual, atraídos por la humildad de Aquel que se hizo hombre para encontrarse con cada ser humano. Y descubrimos que Él nos ama tanto que se une a nosotros, para que también nosotros podamos unirnos a Él.

Me gustaría apoyar la hermosa tradición de nuestras familias, que en los días previos a la Navidad preparan el pesebre. También la costumbre de ponerlo en los lugares de trabajo, escuelas, hospitales, cárceles, plazas... Es realmente un ejercicio de imaginación creativa que utiliza diversos materiales para dar vida a pequeñas obras maestras llenas de belleza. Se aprende desde niños: cuando papá y mamá, junto a los abuelos, transmiten esta alegre tradición que contiene en sí una rica espiritualidad popular. Espero que esta práctica nunca se pierda; es más, confío en que, allí donde hubiera caído en desuso, pueda ser redescubierta y revitalizada.

El origen del pesebre se encuentra principalmente en algunos detalles evangélicos del nacimiento de Jesús en Belén. Jesús es colocado en un pesebre, que en latín se dice *praesepeum*, de donde proviene la palabra pesebre.

Pero vayamos directamente al origen del pesebre tal como lo conocemos. Viajemos mentalmente a Greccio, en el Valle de Rieti, donde San Francisco se detuvo probablemente después de venir desde Roma, donde el 29 de noviembre de 1223 había recibido la

confirmación de su Regla por parte del Papa Honorio III. Después de su viaje a Tierra Santa, esas cuevas le recordaban de manera particular el paisaje de Belén. Y es posible que el Pobrecillo de Asís se haya sentido impresionado en Roma, en la Basílica de Santa María la Mayor, por los mosaicos que representan el nacimiento de Jesús, justo al lado del lugar donde se conservaban, según una antigua tradición, las tablas del pesebre.

Las Fuentes Franciscanas cuentan en detalle lo que sucedió en Greccio. Quince días antes de Navidad, Francisco llamó a un hombre del lugar llamado Juan y le pidió que lo ayudara a cumplir un deseo: “Quisiera representar al Niño nacido en Belén y de alguna manera ver con los ojos del cuerpo las dificultades en las que se encontró por la falta de las cosas necesarias para un recién nacido, como fue colocado en un pesebre y yacía sobre el heno entre el buey y el asno”. Tan pronto como lo escuchó, el fiel amigo fue de inmediato al lugar designado para preparar todo lo necesario, según el deseo del Santo. El 25 de diciembre, muchos frailes llegaron a Greccio desde diversas partes y también hombres y mujeres de las casas de la zona, llevando flores y antorchas para iluminar esa santa noche. Cuando llegó Francisco, encontró el pesebre con el heno, el buey y el asno. La gente que se congregó mostró una alegría indescriptible, nunca antes experimentada, ante la escena del Nacimiento. Luego, el sacerdote celebró solemnemente la Eucaristía en el pesebre, mostrando la conexión entre la Encarnación del Hijo de Dios y la Eucaristía. En esa ocasión en Greccio, no existían estatuillas: el pesebre fue creado y vivido por aquellos que estaban presentes.

Así es como nace nuestra tradición: todos alrededor de la gruta y llenos de alegría, sin ninguna distancia entre el evento que se realiza y quienes participan en el misterio.

El primer biógrafo de San Francisco, Tomás de Celano, recuerda que esa noche, a la escena simple y conmovedora, se añadió también el don de una visión maravillosa: uno de los presentes

vio al mismo Niño Jesús acostado en el establo. Desde ese pesebre de la Navidad de 1223, “cada uno regresó a su casa lleno de una alegría indescriptible”.

San Francisco, con la sencillez de ese signo, llevó a cabo una gran obra de evangelización. Su enseñanza penetró en el corazón de los cristianos y perdura hasta nuestros días como una forma auténtica de presentar la belleza de nuestra fe con sencillez. Además, el lugar mismo donde se realizó el primer pesebre expresa y suscita estos sentimientos. Greccio se convierte en un refugio para el alma que se esconde en la roca para dejarse envolver en el silencio.

Armar el pesebre en nuestros hogares nos ayuda a revivir la historia que tuvo lugar en Belén. Naturalmente, los Evangelios siguen siendo la fuente que nos permite conocer y meditar sobre ese acontecimiento; sin embargo, su representación en el pesebre nos ayuda a imaginar las escenas, estimula los sentimientos, nos invita a sentirnos parte de la historia de la salvación, contemporáneos del evento que está vivo y presente en diversos contextos históricos y culturales.

En particular, desde su origen franciscano, el pesebre es una invitación a “sentir”, a “tocar” la pobreza que el Hijo de Dios eligió para sí en su Encarnación. Y así, de manera implícita, es un llamado a seguirlo por el camino de la humildad, la pobreza y la despojarse de todo, que desde el pesebre de Belén conduce a la Cruz. Es un llamado a encontrarlo y servirlo con misericordia en los hermanos y hermanas más necesitados (cf. Mateo 25,31-46).

Frente al pesebre, la mente vuela a esos momentos de la infancia cuando esperábamos con impaciencia el momento de comenzar a armarlo. Estos recuerdos nos llevan a ser conscientes una y otra vez del gran regalo que se nos ha dado al transmitirnos la fe; y al mismo tiempo, nos hacen sentir el deber y la alegría de compartir la misma experiencia con nuestros hijos y nietos. No importa cómo se arme el pesebre, puede ser siempre el mismo o cambiar cada año; lo que importa es que le hable a nuestra vida. En cualquier

lugar y en cualquier forma, el pesebre cuenta el amor de Dios, el Dios que se hizo niño para decirnos cuán cerca está de cada ser humano, sin importar en qué condición se encuentre.



El pesebre es un Evangelio vivo

Cuando faltan pocos días para la Navidad y estamos ocupados haciendo los preparativos para la fiesta, podemos preguntarnos: “¿Cómo me estoy preparando para el nacimiento del Celebrado?”. Una forma simple pero efectiva de prepararse es hacer el pesebre.

El pesebre, de hecho, “es como un Evangelio vivo” (Carta Apostólica *Admirabile signum*, 1). Lleva el Evangelio a los lugares donde vivimos: en nuestros hogares, en las escuelas, en los lugares de trabajo y encuentro, en los hospitales y en las casas de cuidado, en las cárceles y en las plazas. Y en esos lugares donde vivimos, nos recuerda algo esencial: que Dios no se quedó invisible en el cielo, sino que vino a la Tierra, se hizo hombre, un niño. Hacer el pesebre es celebrar la cercanía de Dios. Dios siempre ha estado cerca de su pueblo, pero cuando se encarnó y nació, estuvo muy cerca, muy, muy cerca. Hacer el pesebre es celebrar la cercanía de Dios, es redescubrir que Dios es real, concreto, vivo y palpitante. Dios no es un señor lejano o un juez distante, sino un Amor humilde que ha descendido hasta nosotros.

El pesebre es un Evangelio doméstico. La palabra “pesebre” literalmente significa “comedero”, mientras que la ciudad del pesebre, Belén, significa “casa del pan”. Comedero y casa del pan: el pesebre que hacemos en casa, donde compartimos comida y afecto, nos recuerda que Jesús es el alimento, el pan de vida (cf. Juan 6,34). Él alimenta nuestro amor, Él da a nuestras familias la fuerza para seguir adelante y perdonarnos mutuamente.

El pesebre nos ofrece otra lección de vida. En los ritmos a veces frenéticos de hoy en día, es una invitación a la contemplación. Nos recuerda la importancia de detenernos. Porque solo cuando sabemos recogerlos, podemos recibir lo que realmente importa en la vida. Solo si dejamos fuera de casa el estruendo del mundo, nos abrimos a escuchar a Dios, que habla en el silencio. El pesebre es más actual que nunca, mientras que cada día se fabrican en el mundo tantas armas y tantas imágenes violentas que entran por la vista y en el corazón. En cambio, el pesebre es una imagen artesanal de la paz. Por eso es un Evangelio vivo.

Así que les deseo que armar el pesebre sea una oportunidad para invitar a Jesús a sus vidas. Cuando hacemos el pesebre en casa, es como abrir la puerta y decir: “Jesús, ¡entra!”, es hacer tangible esta cercanía, esta invitación a Jesús para que venga a nuestras vidas. Porque si Él habita en nuestra vida, la vida renace. Y si la vida renace, entonces es de verdad Navidad.

Niño Jesús

“En aquellos días, salió un decreto de César Augusto, ordenando que se hiciera un censo del mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo cuando Quirino era gobernador de Siria. Todos iban a inscribirse en su ciudad de origen. José, como era de la casa y familia de David, salió de Nazaret, ciudad de Galilea, hasta la ciudad de David, que se llamaba Belén, en Judea, para inscribirse con María, su esposa, que estaba embarazada. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían lugar en el alojamiento”.

Lc 2, 1-7



En un niño, Dios nos sorprende

El corazón del pesebre comienza a latir cuando, en Navidad, colocamos la estatuilla del Niño Jesús en él. Dios se presenta así, en un niño, para ser acogido en nuestros brazos. En su debilidad y fragilidad, esconde su poder que crea y transforma todo. Parece imposible y, sin embargo, es así: en Jesús, Dios fue un niño y en esta condición quiso revelar la grandeza de su amor, que se manifiesta en una sonrisa y en el extender sus manos hacia todos.

El nacimiento de un niño suscita alegría y asombro, porque nos coloca frente al gran misterio de la vida. Al ver brillar los ojos de los jóvenes esposos ante su recién nacido, comprendemos los sentimientos de María y José, quienes al mirar al niño Jesús percibían la presencia de Dios en sus vidas.

La forma en que Dios actúa casi nos deja atónitos, porque parece imposible que renuncie a su gloria para convertirse en un ser humano como nosotros. ¡Qué sorpresa ver a Dios asumiendo nuestros mismos comportamientos!: durmiendo, tomando la leche de su madre, llorando y jugando como todos los niños. Como siempre, Dios desconcierta, es impredecible, constantemente sale de nuestros esquemas. Entonces, el pesebre, al mostrarnos a Dios tal como entró en el mundo, nos desafía a pensar en nuestra vida insertada en la de Dios; nos invita a convertirnos en sus discípulos si queremos alcanzar el sentido último de la vida.



Redescubramos las pequeñas cosas

El Evangelio narra el nacimiento de Jesús comenzando con César Augusto, quien realiza el censo de todo el mundo: muestra al primer emperador en su grandeza. Pero, inmediatamente después, nos lleva a Belén, donde no hay grandeza alguna: solo un pobre niño envuelto en pañales, rodeado de pastores. Y allí está Dios, en la pequeñez. Este es el mensaje: Dios no busca la grandeza, sino que se sumerge en la pequeñez. La pequeñez es el camino que eligió para llegar a nosotros, para tocar nuestros corazones, para salvarnos y llevarnos de vuelta a lo que realmente importa.

Hermanos y hermanas, al detenernos frente al pesebre, miremos al centro: vayamos más allá de las luces y las decoraciones, que son hermosas, y contemplemos al Niño. En su pequeñez está todo Dios. Reconozcámoslo: “Niño, Tú eres Dios, Dios-niño”.

Permítannos ser atravesados por esta escandalosa sorpresa. Aquel que abraza el universo necesita ser sostenido en brazos. Aquel que hizo el sol, necesita ser calentado. La ternura en persona necesita ser acariciada. El amor infinito tiene un corazón diminuto que late suavemente. La Palabra eterna es un niño, es decir, incapaz de hablar. El Pan de la vida debe ser alimentado. El Creador del mundo no tiene un lugar donde quedarse. Hoy todo se trastorna: Dios viene al mundo en su pequeñez. Su grandeza se ofrece en la pequeñez.

Y nosotros –preguntémosnos– ¿sabemos aceptar este camino de Dios? Esta es la prueba de Navidad: Dios se revela, pero los hombres no lo comprenden. Él se hace pequeño a los ojos del mundo y seguimos buscando la grandeza según el mundo, tal vez incluso en su nombre. Dios se humilla y nosotros queremos subir al pedestal. El Altísimo representa la humildad y nosotros pretendemos destacar. Dios va en busca de los pastores, de los invisibles; nosotros buscamos visibilidad, hacernos ver. Jesús nace para servir y pasamos los años persiguiendo el éxito. Dios no busca fuerza y poder, demanda ternura y pequeñez interior.

Aquí está lo que pedirle a Jesús para Navidad: la gracia de la humildad. “Señor, enséñanos a amar la humildad. Ayúdanos a comprender que es el camino hacia la verdadera grandeza”. Pero, ¿qué significa concretamente abrazar la humildad? En primer lugar, significa creer que Dios quiere entrar en las pequeñas cosas de nuestra vida, quiere habitar en las realidades cotidianas, en los simples gestos que realizamos en casa, en la familia, en la escuela, en el trabajo. Es en nuestro día a día que Él quiere llevar a cabo cosas extraordinarias. Y es un mensaje lleno de esperanza: Jesús nos invita a valorar y redescubrir las pequeñas cosas de la vida. Si Él está con nosotros allí, ¿qué nos falta? Dejemos atrás lamentarnos por la grandeza que no tenemos. Renunciemos a las quejas y a la codicia que nos deja insatisfechos. La humildad, la maravilla de ese niño pequeño: ese es el mensaje.

Pero hay más. Jesús no solo desea venir en las pequeñas cosas de nuestra vida, sino también en nuestra humildad: en sentirnos débiles, frágiles, inadecuados, quizás incluso equivocados. Hermana y hermano, si, como en Belén, la oscuridad de la noche te rodea, si sientes a tu alrededor una fría indiferencia, si las heridas que llevas dentro gritan: “No cuentas mucho, no vales nada, nunca serás amado como deseas”, esta noche, si sientes esto, Dios responde y te dice: “Te amo tal como eres. Tu humildad no me asusta, tus fragilidades no me inquietan. Me hice pequeño por ti. Para ser tu Dios, me convertí en tu hermano. Amado hermano, amada hermana, no tengas miedo de mí, sino encuentra en mí tu grandeza. Estoy cerca de ti y solo te pido esto: confía en mí y ábreme tu corazón”.

Aceptar la humildad significa aún una cosa: abrazar a Jesús en los pequeños de hoy. Amarlo, es decir, servirlo en los necesitados. Ellos son los más parecidos a Jesús, nacido pobre. Y es en ellos que Él quiere ser honrado. En esta noche de amor, un único temor nos debe asaltar: herir el amor de Dios, herirlo despreciando a los pobres con nuestra indiferencia. Son los elegidos de Jesús, quienes nos recibirán un día en el Cielo. Una poetisa escribió: “Quien no ha encontrado el Cielo aquí abajo, lo extrañará allá arriba” (E. Dickinson, *Poemas*, pp. 96-17). No perdamos de vista el Cielo, cuidemos de Jesús ahora, acariciándolo en los necesitados, porque en ellos se ha identificado.



Jesús, la ternura de Dios

En el rostro del pequeño Jesús contemplamos el rostro de Dios, que no se revela en la fuerza ni en el poder, sino en la debilidad y fragilidad de un recién nacido. Así es nuestro Dios, se acerca tanto, en un niño. Este Niño muestra la fidelidad y la ternura

del amor inmenso con el que Dios rodea a cada uno de nosotros. Por eso celebramos la Navidad, reviviendo la misma experiencia de los pastores de Belén y junto con tantos padres y madres que se esfuerzan cada día enfrentando numerosos sacrificios; junto a los pequeños, los enfermos y los pobres, celebramos, porque es la fiesta del encuentro de Dios con nosotros en Jesús.



El nacimiento es promesa de futuro

Me gustaría hacer llegar a todos el mensaje que la Iglesia anuncia en esta festividad con las palabras del profeta Isaías: “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado” (Is 9,5).

Ha nacido un niño: el nacimiento siempre es una fuente de esperanza, es vida que florece, es promesa de futuro. Y este Niño, Jesús, ha “nacido para nosotros”: un nosotros sin fronteras, sin privilegios ni exclusiones. El Niño que la Virgen María dio a luz en Belén ha nacido para todos: es el “hijo” que Dios ha dado a toda la familia humana.

Gracias a este Niño, todos podemos dirigirnos a Dios llamándolo “Padre”, “Papá”. Jesús es el Unigénito; nadie más conoce al Padre excepto Él. Pero Él vino al mundo precisamente para revelarnos el rostro del Padre. Y así, gracias a este Niño, todos podemos llamarnos y ser verdaderamente hermanos: de todos los continentes, de cualquier idioma y cultura, con nuestras identidades y diferencias, pero todos hermanos y hermanas.

“Un niño nos ha nacido” (Is 9,5). ¡Ha venido a salvarnos! Él nos anuncia que el dolor y el mal no son la última palabra. Resignarse ante la violencia y la injusticia sería rechazar la alegría y la esperanza de la Navidad.

Jesús nació en un establo, pero envuelto en el amor de la Virgen María y San José. Al nacer en carne y hueso, el Hijo de



FOCOLARE MEDIA

Enkindling the Spirit of Unity

The New City Press book you are holding in your hands is one of the many resources produced by Focolare Media, which is a ministry of the Focolare Movement in North America. The Focolare is a worldwide community of people who feel called to bring about the realization of Jesus' prayer: "That all may be one" (see John 17:21).

Focolare Media wants to be your primary resource for connecting with people, ideas, and practices that build unity. Our mission is to provide content that empowers people to grow spiritually, improve relationships, engage in dialogue, and foster collaboration within the Church and throughout society.



Visit www.focolaremedia.com to learn more about all of New City Press's books, our award-winning magazine *Living City*, videos, podcasts, events, and free resources.

NCP
NEW CITY PRESS